

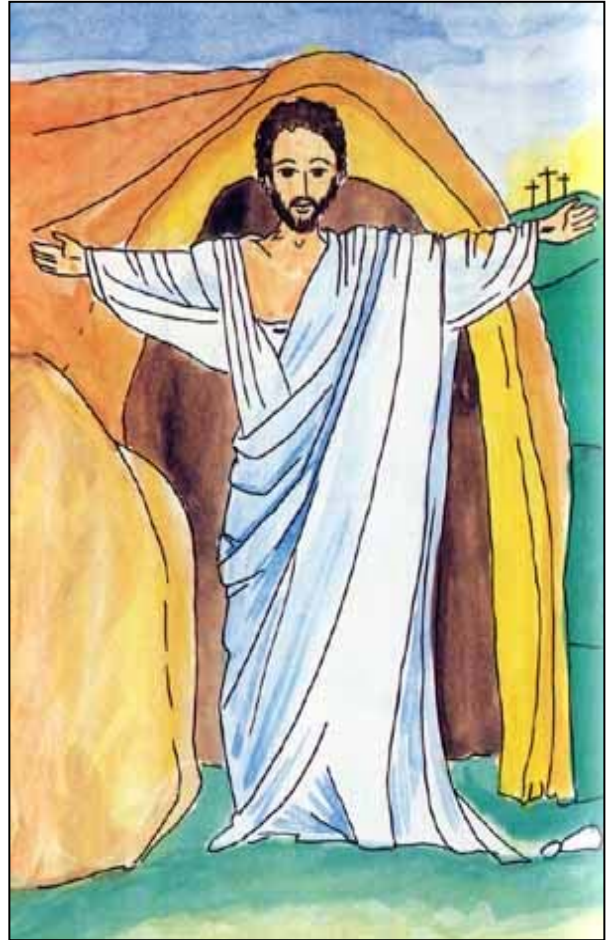
La Resurrección de Cristo, centro de nuestra fe

La Iglesia proclama a sus fieles:

**«El Señor ha resucitado.
¡Aleluya!»**

Pero, ¿qué significa esto para cada uno de nosotros ahora y en el futuro?

Para responder a esta pregunta debemos tener presente que nuestra fe, si es auténtica, es la fe de la Iglesia. Por ello, para dar una respuesta adecuada tendríamos que acudir a las fuentes de la revelación: la Sagrada Escritura y la Tradición, para ver que significado tuvo y tiene la resurrección del Señor en la vida de la Iglesia. Pero, en este caso, como se trata de una pequeña reflexión, voy a detenerme especialmente en el testimonio de los Apóstoles, pues ellos son la fuente principal de la resurrección de Jesús y de sus apariciones.



La fe de los Apóstoles

Durante la vida pública de Jesús, los Apóstoles fueron testigos de sus palabras y de sus milagros. Pero su pasión y muerte en la cruz los dejó desconcertados, y las esperanzas mesiánicas que habían puesto en Él se derrumbaron; por eso, cuando el primer día de la semana las santas mujeres trajeron la noticia del sepulcro vacío¹ y de su resurrección, ellos no las creyeron; la experiencia de la pasión había sido demasiado fuerte como para dejarse convencer, poco tiempo después, por «fantasías e ilusiones».

La incredulidad se hace más evidente en el caso de Tomás que, a pesar de contar con el testimonio de sus compañeros sobre la resurrección del Maestro, se resiste a creer y dice: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20,25). Pero la evidencia se impone cuando el Resucitado² se aparece al grupo en varias ocasiones y come con ellos. Entonces comienzan a comprender con toda claridad que Jesús es el Señor, y que nos salva del poder del pecado y de la muerte (cf. 1Cor 15,22-28).

¹ El evangelio nos muestra como signos de la resurrección del Señor: el sepulcro vacío y, sobre todo, el testimonio de "los testigos que Él había designado", a los que se apareció, con los que comió y bebió después de su resurrección, y a los que encargó dar solemne testimonio de su resurrección (cf. Hch 10, 41-42).

² El primer saludo de Jesús Resucitado a sus discípulos es: "¡La paz con vosotros!" (Jn 20,19). La paz es el don que nos ofrece el Señor Resucitado. La paz de Jesús nace de la experiencia del perdón y de la misericordia divina y nos abre al perdón de los hermanos.

El Maestro ciertamente está vivo; pero su cuerpo ya no está limitado por las leyes del espacio y del tiempo; es un cuerpo glorioso que, entre otras cosas, puede entrar en los lugares con las puertas cerradas, aparecer y desaparecer (cf. Jn 20,19).

La última vez que se aparece a los Apóstoles, antes de ascender a los cielos, les dice: «Id al mundo entero a anunciar el evangelio» (Mt 28,19); y les promete su presencia «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Los Apóstoles se sienten enviados por Jesús, y ningún poder de este mundo logrará apartarlos de su misión de anunciar el evangelio a todas las gentes.

Nuestra fe en la resurrección

La buena noticia de la resurrección ha llegado hasta nosotros a través de los Apóstoles. La resurrección de Cristo llenó de alegría y esperanza sus vidas, entonces comprendieron las Escrituras (cf. Lc 24,45) y con valentía se dedicaron a anunciar el evangelio, y no dudaron en derramar su sangre como testimonio de su fe en Él.

Por su parte la Iglesia, apoyada en la tradición apostólica, viene celebrando semanalmente el domingo o «día del Señor». Este ritmo semanal procede de las primeras comunidades, tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, y su finalidad es recordar la resurrección del Señor y encontrarse con Él en la Eucaristía (cf. SC 106).

En la resurrección del Señor celebramos nuestra futura resurrección. Ella es el fundamento de nuestra fe y esperanza. San Pablo tiene esto presente cuando dice: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana» (1Cor 15,17). También dice: «Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que han muerto... del mismo modo que en Adán murieron todos, así también en Cristo todos volverán a la vida» (1Cor 15,20-22). La muerte de Cristo nos libera del pecado, y su resurrección nos abre el acceso a una nueva vida (cf. Rom 6,4).

Con la gozosa resurrección de Cristo se cumple lo que estaba escrito en “la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (Lc 24,44), y también lo que Él, en repetidas ocasiones, había dicho a sus discípulos de que tenía que subir a Jerusalén para sufrir su pasión y morir, pero que a los tres días iba a resucitar (cf. Mc 10,33-34).

En el sacramento del Bautismo, Cristo asocia a los fieles a su muerte y resurrección (cf. Rom 6, 3-5). Esta asociación alcanza su cumbre en la Eucaristía, sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo, medicina de inmortalidad y prenda de futura resurrección: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54).

A los bautizados dice San Pablo: «Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios» (Col 3,1). Pero, para buscar «los bienes de arriba», debemos abrirnos a la gracia de Dios, a su palabra, a sus sacramentos, especialmente a la Reconciliación y a la Eucaristía.

¡Cristo ha resucitado! Cristo ha vencido el pecado y la muerte, y está presente en el sacramento de la Eucaristía. Él es nuestra paz y nuestra esperanza; por eso, podemos contemplar con una mirada nueva nuestra existencia sabiendo que la última palabra ya no la tiene la muerte, sino la vida. En Jesús resucitado se manifiesta el amor salvador de Dios por la humanidad. Bienaventurados nosotros sí, acabado el curso de nuestra vida, el Señor nos considera dignos de entrar en su Reino para vivir eternamente junto a Él, la Virgen María y todas las personas buenas de la historia.



El Señor ha resucitado. ¡Aleluya!

Profesor César Ruiz